

digamos racionales. Sólo quedan los gestos, cuando son de buena voluntad, y el rumor de las querellas que, a veces, sirven de motivo para un cuento».

Lynch reflexiona que le han quedado, a pesar de los años y de la fallida apuesta de su generación latinoamericana (identificar el saber con el quehacer histórico, político), dos cosas: el acento porteño y el culto por la filosofía como dificultad. Misteriosamente, ambos se confunden en la identidad extrañada del emigrante, del que carece de referencias fijas y piensa a partir de «no-saber-dónde-está».

En esta encrucijada, nuestro autor se encuentra con los planteamientos del nihilismo contemporáneo, a veces epigono de Nietzsche y Heidegger, a veces amablemente posmoderno. Tener razón, diseminar verdades es, cuando menos, de mal gusto. Y, a partir de esa errancia, el panorama de la vida humana se transforma en una comedia de las equivocaciones en clave de tragedia, cuyo paradigma ve Lynch en el Oteló shakespeareano.

Pero queda la posibilidad de los obstáculos secretos, y eso es lo que puede aún hacer la filosofía. Merodear estos obstáculos, como propone el título de esta miscelánea, e internarse en alguna de las perplejidades mayores de la modernidad en crisis. Descartes sirve de guía cuando nos cuenta cómo llega a saber y este cuento se convierte en un calidad del saber. Canetti reflexiona sobre la cuantificación abstracta de nuestras sociedades industriales y democráticas. Ortega se debate en el incierto lugar de la historia, donde la razón y la vida juegan a entenderse mutuamente y, quizás, a reconciliarse. Freud, con gusto o a su pesar, nos propone la narración como hermenéutica de la narración, en una suerte de narración proliferante e infinita cuyo modelo puede estar en *Las mil y una noches* (el sueño, acicate fundamental de una posible/imposible hermenéutica freudiana, suele ocurrir de noche). Shakespeare, ya se dijo, aporta su modelo trágico de comedia de errores. Y, a partir de la agonía de Kant narrada por Quincey sobre Wasianski y releída por Lynch en dos momentos de su historia como lector, la reunión de la filosofía y la literatura en un mismo campo de lectura, preocupación de muchos pensadores actuales.

No obstante su carácter misceláneo, este libro contiene unas insistencias que le dan unidad y, sobre todo, un tono sostenido de narración amena y aguda, que se

va convirtiendo, como corresponde, en la autobiografía de alguien que piensa a partir de una cultura recibida y sospechosa de no haber dicho todo.

B. M.

Como vino al mundo

Néstor Bondoni

Vinciguerra, Buenos Aires, 1991

Debería comenzar refiriéndome a la entrañable transparencia, de humanismo y lenguaje, que ofrece a todo lector digno *Como vino al mundo*, ese nuevo libro del argentino Néstor Bondoni que acaba de aceptar para su publicación la editorial porteña Vinciguerra. Porque escasas novelas de hoy logran exhibir una prosa como ésta, de ley, cuya diafanidad y tersura mal esconden a la vez una honda experiencia de la literatura, que no esquivó inclusive en su momento compartir las exigentes barricadas de la vanguardia, pero que consigue ahora —como debe ser— presentarse con aire corriente y natural, saludable y maduro, sin maquillajes, sin excesos, pero también con honda densidad, con grave carga. Diálogos logradísimos, por ejemplo, cuyo origen no es otra escritura sino la vida misma, se integran aquí límpidamente con el fluir del texto, sin llegar a perder su resonancia ni su soberanía.

Y hay algo más, aquí, no menos poco desdeñable. Sin grandilocuencia pero sí con elocuencia innata, de rango, aquí nos habla y se habla de un universo que sólo rara vez habita hoy (por desdicha) legítimamente los libros argentinos: la llanura bonaerense, sin embargo uno de los ámbitos indudablemente fundacionales de nuestra literatura. Nacido precisamente en Capilla del Señor, auténticamente hombre de campo, aunque afincado desde hace no poco tiempo —por razones que luego se verán— en la gran ciudad, Néstor Bondoni nos introduce en sus dominios (dominios que, como toda patria de una infancia, son a la vez de la memoria y de la imaginación) no sólo con cultura sino también con solvencia.

Sabiamente alejado tanto del apabullante color local como del no menos riesgoso regionalismo *a priori*, que

sólo en muy altos casos consigue trasponer las apariencias, no resultará entonces sorprendente conocer que el autor fue activo participante de nuestras ya legendarias vanguardias estéticas. Junto con su hermano Osmar formó parte, durante la década de los cincuenta, del grupo nucleado alrededor de la revista *Poesía Buenos Aires* y, justamente con dicho sello, dio a conocer uno de sus dos únicos libros aparecidos hasta ahora: *Travesía*, relatos, publicado —como el otro— en 1957, pero el segundo: *La boca sobre la tierra*, su novela inicial, por vía de aquellas beneméritas Ediciones Doble P de Carlos Prelooker capaces de lanzar, por ejemplo, la *opera prima* de un David Viñas.

Así se entiende, para quien se alarme por la aparentemente sorpresiva irrupción de este escritor formado, cabal, pleno, que a muchos pudiera parecer surgido de la nada, la indudable calidad que alcanza esta nueva novela suya: *Como vino al mundo*. Porque además de una vivencia honda, auténticamente afectiva, de su medio y de su gente, nunca superficial apenas, se desprende de ella (como ya dijimos) también una no menos honda, auténtica y efectiva experiencia de la mejor literatura. Y todo ello se apoya además sobre una sólida dimensión ética, discernible a través de una anécdota que no sólo explica ese largo silencio de décadas, en este escritor de raza, me abstendré totalmente de soslayar. Después de aquellos dos libros publicados simultánea y tempranamente, enfrentado con la agria disyuntiva de dedicarse a escribir o mantener dignamente a su familia, Néstor Bondoni decidió —a conciencia— optar por el silencio. Lo que no deja de implicar también una evidencia de su fanático respeto por la tarea literaria.

Esta novela, entonces, *Como vino al mundo*, lograda y tocante como es, no ha surgido de la nada, no brota de repente. Madurada, junto con su lenguaje y los mundos que inviste, a lo largo de años y años de voluntaria afasia, ella representa y, es más, de algún modo culmina (esperemos que por el momento) una trayectoria artística y humana a la que signan, para mi modesto entender, una contenida devoción, un encendido decoro, una limpia y serena dignidad. Me enorgullece entonces, a mí, que siendo un muchacho tuve la oportunidad de compartir el trato más que afable del autor y presentir de antemano esta eficaz obra futura que habría de cuajar, que hoy se ha hecho presente, poder volverme el mismo

que aquí se anima, humilde pero orgullosamente, a presentarla ante los buenos lectores a quienes va dirigida.

Rodolfo Alonso

Orígenes

(La Habana, 1944-1956), VII volúmenes,
El Equilibrista (México)

Ediciones Turner y Quinto Centenario, Madrid, 1991.

Edición facsimilar con una introducción e índice de autores de Marcelo Uribe.

Cuando uno oye —por aquí y allá— que el Quinto Centenario no se debería celebrar, arguyendo variopintas razones, uno encontraría en esta misma edición facsimilar motivos para ello. La proliferación de ediciones coeditadas por Quinto Centenario es una de las formas más inteligentes y duraderas de celebrar no sólo el inicio del descubrimiento del mundo americano sino su desarrollo posterior; lo que políticos, poetas y escritores diversos han ido creando en una lengua común, el español. Una de esas magnas creaciones está en esta revista, primorosamente editada ahora al cuidado de Marcelo Uribe quien, en un extenso prólogo del que sacaré las noticias que siguen, hace la historia de ese grupo de escritores cubanos que, reunidos en el espacio de *Orígenes*, publicaron no sólo lo mejor de su país sino a varias de las voces más singulares de América (incluida Norteamérica) y Europa.

Orígenes se inicia en 1944 en Cuba cuando esta nación contaba unos cinco millones de habitantes. En La Habana se distribuyeron unos veinte ejemplares y nunca alcanzó una tirada mayor de 300 ejemplares. Como algún barroco (el Quevedo poeta o el brasileño Gregório de Mattos) el referente fue exiguo aunque su influencia eximia. La revista la codirigieron José Lezama Lima y José Rodríguez Feo. Éste último se había criado y estudiado en Estados Unidos y fue decisivo, no sólo porque se imprimía con su dinero sino también por sus traducciones, sobre todo del inglés. Recordaré ahora sólo las de Eliot (pertenecientes a *Cuatro cuartetos*) y a Stevens. Obviamente Lezama fue el espíritu de la revista, el «maes-

tro». Además, él ya tenía una gran experiencia en la dirección de revistas literarias, como *Espuela de plata*, *Verbum*, etc. Los diseñadores más importantes fueron Alfredo Lozano, Mariano Rodríguez, René Portocarrero, entre otros. La ruptura con Rodríguez Feo tuvo que ver con un artículo de Juan Ramón Jiménez, que se le había pedido para un número dedicado a Martí. Juan Ramón, siempre tan esquinado, arremetió contra Aleixandre, Guillén, Salinas. Hubo sus dudas, pero finalmente Lezama lo publicó. Rodríguez Feo, que había estado recientemente en España y había hecho amistad con Aleixandre, le pidió a Lezama que escribiera en el próximo número una nota aclarando que él no conocía el contenido de dicho artículo. Lezama se negó, y ahí se acabó realmente *Orígenes* que luego se dividió en dos *Orígenes* de corta duración. De *Orígenes* salió en 1948, una antología de poetas firmada por Cintio Vitier, *Diez poetas cubanos*. Ésta era la nómina: Lezama Lima, Angel Gaztelu, Virgilio Piñera, Justo Rodríguez Santos, Gastón Baquero, Eliseo Diego, Cintio Vitier, Octavio Smith, Fina García Marruz y Lorenzo García Vega. Según Uribe, esta antología surgida de una revista, recuerda la de Jorge Cuesta de 1928, impresa por *Contemporáneos*.

Orígenes, en sus doce años de publicación, se convirtió en una revista de la importancia de la mexicana *Contemporáneos* o *El hijo pródigo*, o de la española *Revista de Occidente*, aunque las cuatro tuvieron características distintas. Poder consultar hoy las traducciones, las críticas de arte y, sobre todo, los poemas y ensayos que estos cuarenta y tantos números reunidos en siete volúmenes contienen, es inapreciable. Por estas páginas pasaron Eliot, Saint-John Perse, William Carlos Williams, Eliseo Diego, Pedro Salinas, Luis Cernuda, Wallace Stevens, Jorge Guillén, Octavio Paz, Efraín Huerta, Gilberto Owen, Juan Ramón Jiménez, Dylan Thomas, María Zambrano, Lydia Cabrera, Santayana, José Revueltas, Anaís Nin, Carlos Fuentes, etc.

La edición está cuidada con el esmero que tanto Ediciones el Equilibrista como Turner acostumbra a tener con sus publicaciones.

J. M.

Los libros en Europa

Paradeisos. Historia del jardín

Germain Bazin

Traducción de Enrique Sordo y Neus Vidal

Plaza y Janés, Barcelona, 1990, 264 páginas

El jardín se ha convertido, en una serie de civilizaciones que han heredado esta institución, en un emblema del origen. Y en el origen está la mujer, el cuerpo que desprende a otro cuerpo, la tierra húmeda del jardín, el cuenco del cual surge la vida como un manantial en un trozo acotado de suelo.

Se supone (y así lo hace Bazin) que los jardines aparecen en la cultura de la cacería, que divide el trabajo social de los sexos: la caza para el hombre y la casa para la mujer. En efecto, los jardines de Babilonia eran sagrados y se los dedicaba al culto de la fertilidad. El agua que los regaba tenía carácter lustral. La hipóstasis de la mujer hace del jardín un plexo de valores femeninos: lo precioso, lo estanco, lo fértil, lo telúrico.

El jardín paradisiaco parece ser un invento de aqueménidas y medos (siglos IX al II antes de J.C.). La palabra griega *paradeisos* proviene de la palabra persa *paradaeza*, que significa «lugar cerrado». Los jardines medos estaban divididos en cuatro partes, como el Paraíso mesopotámico y bíblico. Del sumario *E'den* (estepa) proviene el hebreo *Gan-eden* (jardín de las delicias). Uniendo ambas raíces obtenemos la imagen del jardín en el desierto, la delicia aislada por el vacío donde nos reunimos a gozar de la mujer original, la madre. Oblicuamen-